

PSISMA

Intentaré ser lo más claro posible, después de todo esto es una historia sencilla y lo que propongo exponer tiene como punto de partida una serie de hechos verídicos que llegan para ilustrar un simple hecho: los demonios, las fuerzas oscuras (o como quieran llamarlos) nos rodean, son entidades reales. Y si bien es cierto que sólo los muy poderosos logran manifestarse en nuestro plano físico la mayoría de ellos comienza su desarrollo en lo más profundo de la psiquis humana.

***

Estamos en 1985.
No quedan locos vagando en el desierto quemando postales de palmeras y riberas con la imaginación.
Sobre el fuego de un paraje de arena
donde el viento es el único mensaje

atravesando el paisaje inconmovible

(ciento cuarenta y nueve millones seiscientos mil kilómetros es la distancia al sol).
Los locos llegan de la ciudad en jornadas de doscientos cuarenta horas.
En la ciudad llueve todos los días.
La ciudad no es una sola.
No.
Las personas:
vuelven loco a un cadáver de memoria
de secreto de viaje
de ruta
la hoja
tiene un solo destino

escrito a mano alzada:

esperanza.

Es 1985.

Koyote atraviesa un campo ajeno en Ubajay. Un poco tembloroso y sediento de agua, hasta que llega a uno de esos viejos almacenes de campo que antes se llamaron pulpería y que ya no deberían existir más, donde concluye el día quedamente. Y el local es un cometa entre signos de interrogación, en el centro de nuestro crepúsculo, allí donde pronunciamos horizonte y se nos fijan los pueblos litoraleños. Al costado de la ruta…

Y se desmaya.

Un doctor alemán de dudosas credenciales encuentra un número telefónico dentro de los bolsillos del hombre desmayado.

El número es el de su hermano, Walter, quien no puede creer que Koyote volvió a aparecer.

Koyote estuvo cuatro años desaparecido. El hermano viaja desde Paraná, para regresarlo a su hogar, pero encuentra a Koyote vagabundeando a un costado de la ruta.

Juntos comienzan el camino de regreso a la casa del hermano, donde lo aguardan su cuñada y su hijo de siete años.

Al principio, Koyote se niega a hablar, se limita a murmullos y comportamiento errático que incomoda a todos, sobre todo a Gorrión, su hijo.

Pero a medida que pasa el tiempo comienza el doloroso proceso de asumir el cambio que significó en su vida la pérdida de Nancy.

***

A mitad de camino entre la nada y la nada misma, Nancy corría de sus captores, desesperada. Sus ropas rasgadas en diversos lugares, exponían la tersura de su juventud a los estragos de salvaje y escasa flora de aquel paraje casi desértico.

La llanura se había vuelto prácticamente un cementerio, dunas de arena se formaban allí donde alguna vez, hace ya mucho tiempo, la hierba crecía y alimentaba el ganado.

Pero Nancy no había visto nada de aquello. Simplemente corría, con desesperación, sintiendo el paso cercano de sus predadores.

Después de la guerra por las Tierras de la Memoria, el Banco Mundial no toleró la irreverencia de los habitantes de aquel territorio. Decidieron, sencillamente, eliminarlos.

Gases mortíferos liberados en la atmósfera y bombardeos de hidrógeno sacudieron hasta el más mínimo indicio de vida de la región. Los vastos 2.780.400 kilómetros cuadrados que simbolizaban una nación fueron diezmados, sus habitantes desintegrados y los pocos habitantes degeneraron hasta el punto de abandonar su precaria humanidad.

A nivel global, el lugar era conocido ahora como la Zona Cero. Parajes inhóspitos para la vida, criaturas innombrables y amenazas de pesadilla era todo lo que se encontraba en aquella región. Cultos aberrantes, tribus antropófagas y exiliados del mundo eran los habitantes actuales de aquel infierno.

En medio de aquel caos, el único lugar que permanecía en pie era la base militar instaurada por el Régimen a orillas del océano atlántico. A eso le decían ciudad.

El único lugar donde se podía aspirar a cierta humanidad, abierto a todo aquel que quisiera cooperar con aquellos que no habían tolerado la irreverencia.

El único lugar seguro.

Nancy corría, desesperada, sabiendo que no tenía otra dirección que llegar allí.

Había comenzado el viaje siguiendo La Ruta de Fahbulón, el único camino que conectaba el precario lugar de su nacimiento con la base militar. Su madre se la había mostrado hacía mucho tiempo. Al principio, habían hecho el camino juntas. Viajaban de noche, se ocultaban de las bestias del camino y los vándalos por el día. Habían comenzado el viaje hacía muchos, muchos años.

Nancy no recordaba de su corta vida más que aquella marcha penosa desde el extremo noreste, siempre a pie, conformándose con las dádivas halladas en el camino, refugiándose en el calor de su madre cuando el mal se acercaba.

Pero el mal no conoce fronteras.

Recordaba, con profundo dolor, la muerte de su madre. Intentaba no pensar, pero no podía dejar de rememorar aquel suceso una y otra vez.

Fue por descuido que cayó en una emboscada diurna, mientras recorría el lugar en busca de algo que pudiese aprovecharse como alimento.

Nancy la aguardaba, en su escondite, viendo la figura maternal a través de una rendija por donde se colaba el abrasante sol exterior.

Cuando vio otras figuras acercándose a ella, su instinto fue más poderoso que su inteligencia y salió de su escondite gritando, sin saber qué hacer para proteger a su madre de aquellas bestias que la tenían rodeada.

La vista de todos se centró en ella, entonces, y vio cómo su madre aprovechó para echar a correr en su

dirección, haciéndole señas de que abandonase su escondite.

Pero Nancy no pudo moverse.

***

Antes que llegue al escondite, las bestias de la Zona Cero capturaron a la madre de Nancy. Uno mordió su cuello con total desesperación, brotó sangre y Nancy se aterró.

Otra criatura tomó a la madre por los tobillos y la transportó a las ardientes rocas y arenas del paraje.

Nancy vio todo. Cómo rasgaban las ropas de su madre. Cómo la golpeaban y mordían en todas partes de su cuerpo, llegando a arrancar un considerable trozo de sus glúteos primero, y luego hincando sus dientes en aquellos pezones que alguna vez le habían servido de alimento.

Los predadores, regocijados en su violencia, parecían en trance mientras la sangre femenina los cubría.

Por un segundo, toda su atención estuvo centrada en la mujer agonizante en el suelo. Olisqueaban su cuerpo con curiosidad. Se detuvieron mucho en su abdomen y bajaron un poco más.

Las heridas del ataque habían conformado un río escarlata que descendía por el pubis de la mujer.

El aroma los excitó.

Comenzó una breve pelea donde el más poderoso sometió a su colega. Luego, el ganador, se introdujo dentro de su víctima, apretándole las muñecas con

tanta fuerza, que los gritos de dolor no dejaron oír el tronido cuando los huesos se quebraron.

Simultáneamente mordía el rostro de la mujer, convirtiéndolo en un amasijo rojizo de carne y tejidos. De una abertura que parecía ser su boca, Nancy vio cómo su madre se ahogaba con su propia sangre.

Horrorizada, giró su vista. A tiempo justo para descubrir que el perdedor de la reciente contienda estaba a escasos centímetros y dispuesto a hacerse de ella.

Nancy chilló al sentir el roce del monstruo que venía por ella.

Consiguió evadirlo cruzando por debajo de sus piernas.

La bestia lanzó un rugido de enojo al aire, y Nancy aprovechó para echar a correr.

En dirección a la Ruta de Fahbulón, en dirección a la ciudad, corrió con terror en cada una de sus pisadas a los largo del pavimento de aquella deshabitada ruta.

Mientras, el predador la seguía. Desde donde estaba cuando se detuvo a tomar aire pudo divisarlo como una silueta oscura que había aminorado su marcha, pero que aún se dirigía hacia ella.

Y, a su lado, su horrendo compañero.

Pudo distinguir también la silueta de algo redondo que llevaba en su mano y transportaba hacia su boca y, cada tanto, pasaba su colega.

Por fortuna, Nancy no notó que se trataba de la cabeza de su madre.

Siguió andando, con paso apresurado, en línea recta por la Ruta de Fahbulón.

A un lado, la planicie se extendía como desierto. Arena y rocas infinitas, como un mar infernal donde no había refugio ni salvación.

Del otro lado, el paisaje no mejoraba. Arroyos de turbias aguas donde burbujas explotaban al entrar en contacto con el aire y más desierto y más arena y más rocas componían el cuadro.

Sus predadores continuaban detrás.

Guiada por un recuerdo de su madre, se encaminó en dirección al arroyo. Descendió de la ruta con cuidado, sabiendo de los peligros a los que se exponía si llegaba a caer en aquel curso de aguas tóxicas.

O, mejor dicho, sin saber los peligros, sino, sencillamente, suponiéndolos por instinto.

Podía oír los pasos pesados de sus perseguidores acercándose. Nancy rodeó el arroyo, y continuó camino a través de un sendero hecho como por casualidad entre paredes de arena endurecida por el sol.

Siguió el sendero, buscando fuerzas en cada respiración. Tomó un desvío. Más paredes de arena la protegían. Giró nuevamente. El lugar se presentó entonces, como un laberinto.

***

El sendero se bifurcaba en incontables direcciones. Sin tiempo para pensar más que en los pasos que ya casi se cernían sobre ella, tomó uno al azar.

El sendero desembocó en un túnel oscuro, húmedo, donde se filtraba apenas la luz del día en el otro extremo.

Nancy siguió en aquella única dirección posible, ruidosamente su andar golpeaba la superficie de aquel túnel produciendo un eco.

Los caracteres inscriptos a lo largo del interior del túnel le resultaron ilegibles incoherencias a Nancy, quien no sabía leer, pero el color rojo no le despertaba calma precisamente.

Sin embargo, siguió corriendo, y, en breve, estuvo en el final del túnel. La abrasante luz del sol impactó directamente sobre su piel.

Se detuvo un segundo, sólo para oír el eco de más pasos saliendo del túnel. No podía detenerse. Frente a ella, la Ruta de Fahbulón volvía a aparecer y, unos cuantos metros más allá, pudo reconocer el escondite reciente y un cuerpo caído en el suelo.

Eso le sirvió de guía para saber qué dirección tomar.

Volvió a poner sus pies en la ruta y, una vez más, tras de sí, pudo oír los chillidos de cansancio de los predadores que venían por ella.

Se detuvo un segundo una vez más, y los vio detenidos a una distancia prudente. De seguro, exhaustos. Sin embargo, no por eso desistieron. Se volcaron en dirección a la niña cansada y no tardaron en alcanzarla.

***

Nancy había ralentizado su paso sin notarlo, y ahora, sin fuerzas ya, sentía que los predadores la tenían prácticamente entre sus garras.

Sintió una presión tirar de su hombro, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Los ojos cerrados, inmediatamente pensó en su madre y en la mala suerte que había corrido.

Una fuerza brutal la volteó y la luz del sol dio de lleno en sus ojos, incapaz de ver la figura oscura cerniéndose sobre su fragilidad.

Cansada, deshidratada y cubierta por el polvo del camino, Nancy solamente pudo chillar.

-¡Suficiente! – La voz férrea provino de la figura de arriba. Nancy levantó un brazo y protegió sus ojos de la luz del sol para contemplar mejor a quien le hablaba.

No se parecía en absoluto a las criaturas que venían tras ella.

Era un hombre de ojos grises, con el polvo del camino impregnado en toda su vestimenta. Pantalones oscuros, livianos, y una camisa del mismo color, ideal para aquel clima.

Le dirigió una sonrisa a la niña, mostrando todos sus dientes. Para Nancy fue como la sonrisa de un tiburón.

El hombre le tendió una mano y la puso de pie. La niña, asustada, comprendió todo en cuanto vio los cuerpos de sus perseguidores, uno al lado del otro,

tiesos, con una línea carmesí que les brotaba del cuello.

Aún agitada, el hombre le dio una suave palmadita sobre su cabeza.

-Ya no ocurre nada, estás a salvo. Regresa a tu hogar.

Nancy vio cómo el hombre levantó su vista al cielo, se alisó el cabello y se colocó unas gafas de sol. Luego, como si ella ya no estuviera allí, siguió su camino en silencio, sin despedirse siquiera.

Nancy lo contempló alejarse. Vio las huellas que se formaban en la arena y cómo su salvador continuó viaje sobre la ruta, en dirección al sur.

A Nuevos Aires.

Miró a su alrededor una vez más, los cadáveres de las bestias que se habían llevado a su madre eran funestas esculturas que representaban muy bien lo que aquel paraje tenía para ofrendar. Muerte y sangre solamente.

Nancy, sin poder controlarse, comenzó a llorar. A su desesperación se le había sumado el sentimiento de orfandad.

Pensó en aquellos chacales tendidos a lo largo, con furia, con odio. Se puso en medio de ambos y pateó las cabezas una y otra vez hasta que se desprendieron de los cuerpos.

Mientras tanto, el llanto. No pensaba en controlarlo. No podía pensar en nada. Quizás en Nuevos Aires, quizás en su salvador, quizás en su madre, imposible precisar la conjunción de sentimientos que atravesaban su ser.

El cansancio de la furia, finalmente, la detuvo.

Miró en dirección a la Ruta del Diablo.

Vacía, estéril, muerta.

Aún podía divisar a su salvador a lo lejos, transformándose progresivamente en una silueta negra.

Si se apuraba un poco…

Echó a correr en dirección al hombre.

Estaba exhausta, pero en el temor que le despertaba aquel paraje de pesadilla encontró las fuerzas para buscar lo que más necesitaba en una situación así: protección.

***

-Se hace un agujerito al costado, ahí, al costado, en todos los costados. Ahí, con una mecha para colgar cositas. Después le colgás las cosas que quieras.

-¿Qué hacés? ¿Qué estás escribiendo?

El Gé era lo que se dice un poeta en serio: escribía sin importarle que lo miraran mientras rayaba su cuaderno. Que me vean, decía; que me vean, pensaba; y lo veían, lo veían cuando hacía hablar a sus aves exóticas

en sus fragmentos de diario íntimo, en sus ensayos de epístolas.

Tirando besos al aire en gestos algunas veces cuidados, otras veces exagerado, a muchachas desprevenidas caídas en su red, recostado a la sombra de un espinillo, esperando el cruce de algún vehículo que lo arrastrase por el ofidio grisáceo.

Palabras en apariencia dulce los niños leerán. Lentamente, tropezándose al principio, con palabras esdrújulas y conceptos arcanos. Nada se conoce desde un principio.

En una esquina, uno de esos viejos almacenes de campo que antes se llamaron pulpería y que ya no deberían existir más, donde concluye el día quedamente. Y el local es un cometa entre signos de interrogación, en el centro de nuestro crepúsculo, allí donde pronunciamos horizonte y se nos fijan los pueblos litoraleños.

El Gé es un poeta de verdad, parece el extra de una película independiente o documental que viene a filmar el hijo del doctor, el abogado o el arquitecto, que fueron a capital y volvieron, con un proyecto al menos y dejando una novia que los acompañó.

Verlos y pensar.

Pensar que fueron niños, lo lleva uno al pensamiento a perderse entre las cuchillas o el monte. Y a uno lo reconocen, lo reconocen apenas lo ven, vagabundeando por la plaza con sus ropas cubiertas de tierra, y no hay necesidad siquiera de un saludo, una palmada en la espalda, ni un ¿cómo te ha ido en la gran ciudad?, ni ¿qué tal te trató la tecnocracia?, ni qué significa un sobra---diamante de medio pelo, fragmento de fragmento de fragmentación, pero dotado de una ilusoria eternidad tan real como la adolescencia y un tanto de humo.

Un poeta de verdad, dulzón y endulzado, se mete una y otra vez, en las grietas más profundas e

insondables, así como en las otras, más estrechas y virginales, sin fijarse en cuánto queda de inspiración, sino entregándose, regalándose, como quien se transformase en pluma o roca y se disparase al vacío.

Eh, poeta, lo llaman, solidificá el amanecer.

Eh, poeta, retratá los truenos en tus palmas vacías. Cualquier asunto que nos dé a entender la utilidad de un cuenco, la funcionalidad de una botella derramada.

Y en esos días en que la lluvia no hace más que caer y las nubes son como viajeros que perdieron sus pasajes, se derriten las semanas al calor incipiente del asfalto.

¿Escuchás esa risa?

Mi querida, mi amor, de mi vida, ¿escuchás esa pequeña risa?

Pregunta el poeta un segundo antes de desprenderse de sus alas, cuando comprenden que después de los metales rodantes la gente vuelve con sus emociones como óxido, prontas a organizar el futuro saqueo antes que se termine mañana. Chajarí, Concordia, Concepción, nombra algunas ciudades donde tratan bien a las golondrinas, y el poeta se recuesta contra un espinillo. Tal vez a dormir una siesta, tal vez a soñar con una nevada y una ventisca bajo este verano justo de maravillas.

Y los niños cruzan, cubiertos en pieles enrojecidas, equipados con una liebre o una vizcacha o una perdiz o un conejo o un cuis, o con una trampera, vacía pero siempre vuelve llena, y una honda o un aire comprimido regalo de los padres.

Parece que se mueven, se mueven, se mueven, y el desierto antes fértil es la Vía Láctea cortada, donde una tórrida ventisca sopla siempre, melodía anónima que rueda como un tótem inmenso e indescifrable, que se cae de un pilar y rueda, en espejismos de montañas y oasis suscitadas por nubes recortadas en los muros del cielo y reflejos en el pavimento hasta que llega la noche, que llega como un murmullo de palabras para incomodar la oscuridad que nos va rodeando y nos vacía, como un trozo de metal, ya sin miedos, ya sin esperanzas.

Sin embargo, la aventura deriva del amor a nosotros, y el amor dedica la aventura a la apariencia que se concibe solitaria.

En apariencia, desde luego.

***

No pudo sentir las apresuradas pisadas a sus espaldas como otra cosa que una amenaza, la inminencia de un ataque inesperado.

Desenvainó la faca en menos de un segundo y giró con la misma velocidad.

Frenó en seco la punzada eficaz unos milímetros antes del cuello de Nancy.

Los ojos de la niña, abiertos como platos, lo miraron fijamente, inmutables.

-Niña… -Resopló el hombre, poniéndose en pie. Le dirigió otra sonrisa tiburonesca, dio media vuelta y prosiguió por la ruta abandonada.

No soportó más que unos segundos, el eco que acompañaba su andar.

Miró a sus espaldas nuevamente, la niña se detuvo en seco y lo contempló fijamente, sus ojos sobre los de su salvador.

No era una mirada suplicante, en absoluto. Tampoco una mirada de desafío. Ni de furia. Ni de odio.

El hombre levantó sus gafas para estudiar mejor la mirada de la niña. Se puso en cuclillas para verla mejor.

Nancy permanecía estática, en silencio, como una roca más en el paisaje.

El hombre se rascó el mentón, con curiosidad. Extendió un dedo en dirección a la niña. Le tocó la nariz e imitó el sonido de un interruptor. Luego volvió a enseñar sus dientes.

Al no ver reacción de la niña, no se inmutó. Volvió a ponerse en pie y siguió su dirección.

Apretó el paso, pero las pisadas detrás de él se transformaron en un trote.

Una vez más se detuvo. Nancy lo imitó, los ojos fijos en la nuca del hombre, ya listos para enfrentarse a la mirada del otro.

El hombre se limitó a girar su cabeza un poco, de perfil, le dijo:

-Vuela, Campanita. Regresa a tu Nunca Jamás. Este territorio es solamente para ángeles caídos.

Sólo como recurso para asustarla desenvainó su faca de modo intimidante.

La niña solamente dio un ligero paso hacia atrás como respuesta.

Satisfecho, el hombre dobló la apuesta. Se dirigió a la niña una vez más, mientras trazaba una línea sobre el pavimento.

-Cruza esta línea y te quitaré los ojos y nunca los recuperarás.

El hombre cambió notablemente el tono de su voz, ya no había amabilidad, sino algo contrario.

-¿Entendiste, niña?

No invirtió tiempo en esperar la respuesta. Se dio media vuelta y siguió su camino, con paso seguro.

Nancy quedó en su sitio, viendo cómo se alejaba lentamente quien hace un momento la había salvado.

La amenaza le había parecido más que cierta, "cruza esta línea y te quitaré los ojos y nunca los recuperarás", pero sabía que no tenía a quien seguir más que a aquel desconocido.

No le gustaba la idea de perder una posesión tan valiosa como sus ojos, así que decidió ocultarlos.

Toda la planicie desértica escuchó entonces, uno tras otro, los gritos de Nancy mientras se arrancaba sus propios ojos.

***

Podríamos limitarnos a considerar que Koyote estaba completamente loco, en fuga completa de la realidad vagando por el vacío de la ruta y sin el más mínimo interés en poner un pie en la civilización durante su peregrinaje. Pero no fue así. Todo su

cuerpo en movimiento se deslizaba con una idea fija en su cabeza: Nancy. Y una libreta negra que en el tiempo en que se dedicó al comercio le había servido de agenda, se volvió un compendio de frases para su esposa en el caso de que por obra del azar diese con ella en su deambular. Fragmentos de desesperación, enojo y deseo, algunos con fecha.

El primero, en orden cronológico, se ubicaba a mitad de la libreta y decía “No te amo, para nada, ya no. Es más, te detesto. Sos una sucia, tramposa y mentirosa puta”. Y eso era una especie de encabezado tan sólo. La catarsis culminaba tres hojas más adelante diciendo “espero no vaya a pasar mucho tiempo hasta que pueda arroparte entre mis brazos y cubrirte con un millón de besos ardientes como si estuviésemos en el trópico”.

El primero de junio de 1985 (cuatro meses antes de su reaparición) descendía una anotación dubitativa y penosa: “Estoy solo y muy, muy lejos. Pero pronto te veré, ¿qué estarás haciendo? Ya sé, te estarás preparando para estar a mi lado, entre mis brazos, en mi pecho, en mi boca. Toma tus alas y ven por mí… Tengo un beso para tu corazón y otro más dulce para un cálido lugar que tienes debajo, un poco más debajo.” Pero el ardor no dura mucho y enseguida surge la pena: “Tus lágrimas me quitan la razón y me hacen hervir la sangre. Creeme que no está en mi poder conseguir un solo pensamiento que no sea sobre vos, ni un solo sentimiento donde no aparezcas.”

Después, asuntos similares como: "Te escribo, amor mío, todo el tiempo te pienso; imagino que así estarás pensando vos en mí. Fuiste mala y bastante cochinita, más de lo que me esperaba. Y no es bueno que una mujer desprecie a un esposo leal y mucho menos a un dulce amante".

La fuerza se debilitaba poco a poco en las palabras de Koyote. Otras frases suscitaban la nada en la que se sentía "sin vos, sin la certeza de tu amor, ¿qué sentido tiene seguir sobre la tierra? ¿Qué puedo hacer?"

Imaginemos al autor de estas líneas deambulando por una zona de áspera naturaleza, bajo el sol de mediodía y sin una gota de agua. Esto justificaría ataques de ira que vendrían después en formas de reclamo: "Ninguna palabra tuya por meses, tu promesa de amor fue una mentira; te juré que siempre estaría para tus palabras, pero ni siquiera intentaste ponerte en contacto conmigo a través de alguna telepatía…"

Quizás el delirio se vuelca a situaciones más convencionales unos párrafos delante: "Toda mi felicidad se reduce a la posibilidad de ir quitándote la ropa de a poco, soslayar tus delicados pechos, tu rostro celestial, y ver caer tus rulos azabaches sobre tus delicados hombros, libres y contentos."

Prosiguen anotaciones más amenas, donde Koyote se imaginaba "llegando con gran estrépito a una puerta desconocida… tras la cual, ¡estarás tú! Y como un amante celoso te cubriré con mis brazos para no dejarte ir nunca más".

En las últimas páginas, un intento de misiva para su hermano, Walter, la cual nunca concluyó: “El velo es una espina… Triste es cuando el corazón de uno es espinado por tan conflictivos sentimientos de amor hacia otra persona… Quisiera haber estado solo, siempre solo. Estoy harto de la vida como me fue enseñada, quisiera no sentir en absoluto. Me imagino como el último hombre en la tierra. Ningún sueño ni gloria van delante de mí. Tengo treinta y cinco años y creo que ya lo he experimentado todo.”

Walter leyó la carta mucho después, hurgando a escondidas como Quimera le había dicho. Una lágrima le apareció pequeña en el borde del ojo derecho, pero desde el izquierdo contemplaba fijamente a su hermano, jugando inocentemente con el niño que había dejado atrás, un hombre que había enloquecido e intentaba reconectarse con su pasado. Pero, también (y esto Walter aún no sabía cómo tomarlo), un criminal anónimo que había cometido una serie de atrocidades a causa del desamor. Walter no estaba tan seguro de cuánto bien le haría a Gorrión volver a acercarse a su padre.

***

El hombre se detuvo a contemplar el espectáculo de la niña, con una mueca de sorpresa y disgusto.

No le gustaba en absoluto ver una situación así.

La niña no tardó en remover el primero de sus ojos, y enseguida lo metió en un bolsillo de sus pantalones rasgados. Sin perder tiempo más que en gritos de

dolor, introdujo otros dedos en el ojo restante, y lo removió con la misma fuerza y velocidad que el anterior.

Ocultó ambos en el mismo lugar.

El hombre no pudo evitar una sonrisa, honesta.

Las cuencas vacías de la niña formaban una vertiente de sangre que descendía a lo largo de sus mejillas y más abajo, en dirección al suelo, y salpicando un poco sus rodillas.

Nancy avanzó, en línea recta, dubitativa al principio, ya más segura al quinto paso.

Tanteando delante de sí, no tardó en dar con el hombre, quien había permanecido inmóvil contemplando aquella escena.

-Eres realmente increíble… -Dijo el hombre, desconcertado. –Sin lugar a dudas eres nativa de la Zona Cero…

La niña sujetó su camisa, y una mancha de sangre descendió sobre la vestimenta del hombre.

Apartó de un solo empujón a la niña, quien cayó al suelo en sus posaderas.

-Suficiente. –Dijo el hombre, con su tono más enfurecido. –Hagas lo que hagas, no puedes acompañarme, Campanita. Vuelve corriendo a tu casa antes que su madre se entere lo que te has hecho.

Pero esas palabras no fueron las correctas, porque algo dentro de Nancy se encendió, como una chispa en un sótano repleto de pólvora. La niña se puso en pie sin dificultad y dio un golpe certero al hombre a la altura del abdomen.

Cayó al suelo, sin aire, sorprendido tanto por el ataque como por la fuerza del impacto.

Al instante comprendió todo, y que había tocado un tema que no debía.

-Lo lamento. –Dijo, resoplando.

Miró las cuencas vacías de la niña, la sangre descendía ahora mezclada con lágrimas.

El hombre se quitó sus gafas de sol y las colocó sobre Nancy.

Luego volvió a ponerse en pie y en dirección a su destino.

Las pisadas que lo seguían era la clase de sonido al que tardaría en acostumbrarse.

***

-¡Ay!...

-¿Qué?

-Nada…

-¿Qué te paso?

-Gggggggggggggg…

-El martes va a ir a la doctora. A la psicopedagoga…

-A-a-a-a-a-a-a-a

-Dale, ponele los dibujitos.

Desde la ventana de la cocina, la tía Quimera ve al pequeño Gorrión en el patio. Juega sentado en el suelo, un regimiento de plástico verde heredado de un primo que nunca vio crecer. Ensaya un discurso antes de enviarlos a la conquista de un hormiguero en un idioma sellado para los adultos.

-Cuando la tierra te dejó ir, cuando el veredicto es parásito, en el punzón de mi lengua, cuando te quedás sin letra… Cuando tarde o temprano no alcanza a llenar, ¡qué pequeña tentación tonta se te volvió la paternidad!

Desviado por significados de nombres, se rindió, finalmente, en la misma arena movediza donde caemos todos.

Una noche despertó lágrimas en los ojos y una súplica de regreso a su lado, con palabras que rengueaban y la esencia de una mancha de humedad, y aún entonces la ruleta no tenía suficientes números como para albergar su cero.

Cubrió sus heridas utilizando lombrices de tierra como gasas, el anélido más profundo dejó resonando el eco de una risa que nadie se cuestionó. No hubo voz de advertencia alguna que promoviese una separación coherente.

Se preguntó cómo fue que pudo darle la espalda. Conjuró la estampida de los mil pies fieles. Y aquello que siempre quiso, fue lo mismo que Koyote ostentó siempre. Desviado por significado de nombres. Se hundió, rendido, en la misma arena movediza donde todos confluimos.

Desvanecido en la quinta locura, frascos de insectos coleccionables donde vacacionan los juguetes ajenos. Desarraigados. Como si fuera una comunión.

Hombres desconocidos se desnudan en la cola del arcoíris que proyecta un prisma.

Murmurando un último palíndromo codificado en barro y arena, nadie escucha su pedido renegado con la cabeza al suelo.

En un último y desesperado intento, envía al regimiento de los coprófagos. Todos desertan y acaban deambulando dos mil años por cuchillas y montes delimitados por alambres de púas. El sarro carcinógeno aguarda latente en el fondo de una lata donde confluimos todos. Hombres verdes, valientes desconocidos, se desnudan en la cola del arcoíris que proyecta un prisma.

***

Congelados por un nombre sin significado. Cayendo con estrépito en el fondo metálico cuando todo se ha terminado.

El viento se arremolinaba a lo largo del paisaje, sacando a pasear densas nubes de polvo y deshechos plásticos de todo tipo.

Como se sabe, donde hay hombres, hay basura.

Bueno, quizás haya demasiada generosidad en la calificación de hombres.

Una cantidad escasa de personas rodeaban una barra improvisada sobre el herrumbroso capó de un Chevy.

Desde detrás de lo que antes habían sido los tableros del vehículo, un minúsculo individuo con el torso desnudo servía tragos a la escoria que se encontraba reunida.

Uno de ellos lo vio acercarse desde lejos. Apuró su trago pero no pudo evitar pronunciar el nombre del que se acercaba:

-Koyote…

Lo interrumpió el golpe de una botella sobre el metal. Un hombre de barba tupida lo obligó a callarse sólo con su mirada despectiva.

-Lo acabaremos. –Sentenció el hombre, sus ojos rojizos de alcohol. Moscas se reunían a su alrededor, revoloteando de aquí para allá. –Como que me llamo Gé, lo acabaré con mis propias manos.

Koyote continuaba acercándose, con la misma expresión impávida con que se había aparecido la última vez a aquel hombre.

Lo seguía una niña de gafas de sol, con manchas carmesí a lo largo de su rostro.

Gé tuvo una reminiscencia del pasado, recordó la palabra bronceador.

Arrastró su vals, cruzó la parte superior del altar desde un sueño depravado sabiendo entrar sin permiso.

-Estoy vacío de la oscuridad, me gustaría pedir a mirar, pero la máscara se queda en mí. Levitar, cruel impresión teutónica es la ira de mi instrumento, al final sólo me amordazo para que salga bloqueado el estallido de mi puño arsénico.

-Podés beber la sombra de mi pelo rojo usted y sus testigos de Dios, que vaya una en la recámara.

Pero su dedo quedó atascado y dejó pasar el sonido, de un grito de ayuda, pero…

-Todo estaba perdido, desde la noche que cruzaron por mi camino, hablan a través de los ojos.

-Sirva su memoria perdida que contamina con insignias de fallecimiento y aún no sabrás todo lo que he construido.

Enfurruñado, caída drenando la caída de su palidez, pululando por sus pasos, lamiendo los tobillos de su blasfemia, con culpas que sólo pretenden cubrir un plástico sobre el cuero cabelludo de su cabeza de cerdo en el matadero para cubrir el calcetín dónde un línea gruesa y recta se había extendido desde el lóbulo temporal que guardaba un vibrante parecido con la forma de Quimera García.

Ella dice:

-Mi mapa es el hogar de nuevo.

Pero desgarrada, boca abajo, sólo tiene un millón de manchas para decir todo acerca del final.

Quimera. Quimera García. Para convencerla basta el silencio. Que mire la pared, petrificada. Que ni se fijen en ella. Es la sombra. El mundo es luz.

Terrible sería verlos separados.

Hecha para él, y para el mundo, magnífica obra del destino, Walter luchó contra los trescientos sesenta y pico de carniceros imaginarios que se disputaban su amor.

Y venció.

Atacó con el frío podrido de su lengua, que si los tocaba, no zafaban. Sus oraciones fueron granadas, las excusas y lamentos, napalm y bombas de hidrógeno respectivamente.

El falso enfermero en los pasillos del hospital público fue él. Llevaba el rostro cubierto con una mascarilla. Su deber era preservar la salud, alguna salud, al menos la propia, sin saber cómo demonios hacerlo. Preservar su especie sino. Eliminar a los de doble nacionalidad. De día, uruguayos; de noche, borrachos. El bolso para el equipo del mate durante el día. Entraban dos botellas de cerveza con sus respectivos contenedores térmicos por la noche.

Nada más allá de eso podía saberse.

Si la naturaleza nos permitiese regular eclipses a nuestro antojo, todo colapsaría, las estaciones, la naturaleza.

No podía develar tal secreto.

Con plena certeza de sus actos y de lo que es correcto para preservar un reino, descendió con la fuerza de un águila. Una y otra vez, descendió sobre Quimera. Se volvió líquido sobre su cuerpo. Y aunque no era más que una baba espesa, volvió a arremeter de nuevo con la misma fuerza.

-Pará.

No podía más.

Sangre en los dedos y vidrios bajo las uñas.

Mientras, la obligaban a lavar el piso de la cocina que había ensuciado, sí, había ensuciado, unas horas antes.

***

“Debería hablarte de lo que es ver morir a tu propio hijo (la conciencia permanece inmóvil,

expectante, petrificado en el pasillo blanco, incapaz ya de sentir el aroma de ausencia de vitalidad). Pero sería demasiado apresurado, considerando de seguro que usted es un minusválido cerebral demasiado curioso como para no seguir leyendo esto. Está bien por mí. La curiosidad mató al gato."

Quimera. Quimera García. La combinación, la llave, el candado. No pierdas la esperanza que un día tu nombre esté en boca de todos. Pero eso no es algo que puedas controlar. El por qué tampoco.

En la niebla se pudo ver su cólera, había repetido varias veces el nombre pero su perro no aparecía. Estaba condenada a vivir sin su can.

Confiando en el aroma, no en la rosa; deseando ese tipo de manos que gustan de cortar… No tardaron en cerrarse los labios de la lejanía del cosmos. Se apagó como una estrella que repele la atmósfera.

En el tiempo que a nuestros padres les llevó envejecer acabó por aprender que no es la felicidad si estás solo. Como dice el monitor algunas veces "problemas de conexión", pero como cualquiera sabe lo malo siempre se aprende más fácil. De seguro porque el mal es de orden moral. Y si se preguntaba qué valor puede tener la herencia de los jíbaros que fueron sus abuelos para el hombre de saco y corbata, una herramienta delinea su sien, son sus lágrimas de diamante.

Pero ahora, las gotas ya no tocan el suelo, ya no llueve hace tiempo, la sequía erosionó el paisaje, la osamenta se rejunta a los pies de una sombra al costado de la ruta, donde el viento sopla.

Durante todos aquellos años de error, Koyote creyó que el regreso a cero silenciaría a los diez mil elementos sueltos en caos por lo infinito. La muerte como una necesidad finalmente lo tiró a la vida y ese tipo de cosas que ya te imaginarás.

En cuanto cruzó el dintel de la puerta y puso un pie en la habitación no aconteció un segundo sin que notara lo evidente. Un pulso que no era el humano.

-Vos pensabas que yo era... tu mascota... la noche...

Sexta, dados, pentáculo.

-Si sale el siete, San Miguel muere.

No estarán en ningún rescate, no se callarán la boca. Escaló la respuesta, tenían miedo de Dios. Espejos para los animales esperaron a que le ponga las manos encima, no se olvidaron de la cara que les dejó.

-Sólo esperá a que te ponga las manos encima...

-No puedo, no te recuerdo separando mi cuerpo...

Y dejó que se descongelen en el ojo de la aguja, y no pudieron salir. Va a comprobar sus muñecas, se desmayaron en la cámara, pero el dedo se atascó dejado escapar el sonido de un grito de ayuda.

Pero todo estaba perdido, desde la noche en que se cruzaron en el camino, en La Ruta de Fahbulón, las palmas de las manos hablaron a través de los ojos. Sirva su memoria perdida que contamina con insignias.

***

Koyote se alejó de la ruta y se encaminó en dirección al cadáver de la Chevy. Se acomodó en un extremo del capó, sin mirar a nadie. Pidió un whisky.

El enano de la barra lanzó una carcajada.

-No tenemos.

-¿Y qué tiene? –La voz fría de Koyote dejó en silencio al enano.

-Lo que más crece por la zona, té de datura. –Respondió secamente.

-No me va esa porquería. Necesito alcohol.

-Puedo ofrecerle alcohol etílico solamente. Es lo único que tengo con alcohol. –El tono del enano sonaba más amable, no podía evitarlo, después de todo, era un cliente.

-Que sea, entonces. –Repuso Koyote.

El enano abrió la guantera del vehículo y le entregó una botella a Koyote, quien abrió la botella y comenzó a beber desaforadamente, sintiendo la quemazón del líquido en su interior, calmando las llagas que le causaba ese largo peregrinaje.

-Tómelo con calma, señor. –Dijo el enano. –No nos gustaría verlo torcer su semblante por una actitud derivada del consumo.

Koyote le dirigió una mirada de desprecio.

-Usted, quédese con sus asuntos. –Dijo. –No se meta conmigo.

Luego, extendiendo una sonrisa a los demás presentes, agregó:

-Después de todo, somos viejos conocidos, ¿verdad?

Gé abrió sus ojos como si hubiese despertado de un extenso letargo. Elevó su rostro al cielo y sorbió el último trago de su té de datura.

-Entonces, me reconociste. Creí que no me habías reconocido, creí que en todo este tiempo me habías olvidado. Sigo siendo bastante ingenuo.

En el extremo del capó, Koyote empinó su botella, mirando de reojo al hombre de barba tupida.

Gé prosiguió:

-Fue por tu causa que acabamos en la Zona Cero. En Nuevos Aires estábamos bien, me obligaste a cometer traición manipulando mis emociones…

Un vago recuerdo comenzó a formarse en la mente de Koyote, parecía una historia que conocía pero en la que no había pensado en mucho tiempo.

Para ayudarse a pensar, pidió otra botella de alcohol al enano y…

-Otro té de datura para nuestro colega resentido. –Le guiño un ojo a Gé y le sonrió.

Y cuando sus ojos se cruzaron recordó al instante la historia que lo unía al hombre de barba tupida.

***

No es de mi estilo, piensa Gorrión, mucho tiempo después, cuando el fortuito encuentro se produce.

La noche litoraleña infinitamente silenciosa lo empuja a la trastienda de uno de esos viejos almacenes de campo que antes se llamaron pulpería y que ya no deberían existir más. Pero si todo esto es real, Gorrión no lo sabe, bien podría ser parte de un

sueño, una alucinación, producida por la sobreexposición al sol del día y a la deshidratación de un día de verano al borde de la ruta.

Deja escapar un bostezo y tiene ahora diecisiete años, se inclina sobre la barra en el fondo, sin saber cómo fue que llegó hasta allí tan sólo por un vaso de agua para acabar observando, sin parpadear, los vasos de aluminio y las dentelladas, el olor a transpiración y a camino que, como un público inadvertido, rodean su disposición frente a un trago convidado.

El líquido ámbar permanece en tensa expansión pero sometido a las ambiguas fronteras del vidrio, donde él, vestido con pantalón vaquero y arremangada camisa blanca, saluda efusivamente al joven compañero fortuito de ojos claros y tez cetrina. Y una inmensa nostalgia lo comienza a envolver, como un mareo, de personas que alguna vez vio y luego vio desaparecer… para no volver a verlas jamás.

Dejó que se descongele en el ojo. Su dedo quedó atascado. Dejó pasar la aguja, pero no pudo el sonido volverse grito de salida. Comprobó su muñeca. Pidió ayuda. Al menos lo intentó.

Pero todos sabían que iba a desmayarse. Su pulso se perdió. En la noche de lo humano, dijo que paseaba por la palma de la mano nocturna en caricias. A través de los ojos de dados el pentáculo repitió: Si sacas una palabra que sirva la memoria perdida entre los siete, San Miguel muere con ellos…

-Mi contaminante con insignias no ha de lograr ningún rescate, se calla definitivamente. Sólo me amordaza. Para mi boca escaló la respuesta. ¡Qué le salga mi glosalalia!

-Tiene miedo a los abrigos de piel.

Y la nostalgia cobró esa forma líquida que se derrama sobre un vaso de aluminio en su mano, una y otra vez, desde un extremo de la barra hasta los tristes taburetes que ocupaban la esquina más penumbrosa.

La noche pasó como un encendedor sin gas, como una chispa que sólo es chispa y nada enciende. Observando al Gé, que apenas lo conoce, es un ángel caído al reflejo de las luces del frente y con plumas etílicas crecientes a cada trago. Farfullando a través del vidrio, Gorrión entrevé el contorno de voces muy remotas, esas mismas que se volvían conjuro para invocarse entre almas hermanadas, selección deliberada de entre los muchos carteles luminosos de ciudades olvidadas.

***

Los gestos se van perfilando elegantes a medida que caen en el sonambulismo, y es blanca, silenciosa y voraz esa manera de amar que el joven Gorrión necesita probar cinco minutos antes de morir.

Pasan días distantes, Gorrión en medio de la tierra que alguna vez caminó con su padre. Koyote aún le aparece en los sueños en la noche menguante. Ahí, cuando raya el sol sobre el monte y las cuchillas.

Cuando las demás imágenes se dan a la fuga, el más puro mutismo y la luna se funden con el verde menos oscurecido que durante el día los niños se devorarán con hondas o rifles de aire comprimido.

Todavía, sin que un alma se lo logre explicar, sin que el cuerpo dormido del Gé a su lado se lo pueda explicar, conjuro infinito del litoral, cada una de las visiones pretéritas se vuelven colmillos dentellando en la noche. O palmeras o automóviles que pasan y no frenan, devorando la sierpe negra, con un clima de extra dimensional en el encierro de las cuatro ventanillas como un veloz ataúd flotante.

Pero, en realidad, la única velocidad que cuenta es la del clima, y la lentitud del sol en girar el cielo, para volver a un furtivo encuentro del que nada sabía, pero presentía.

La experiencia que se reencuentra y se pierde en la noche.

El encuentro fortuito para dar pie a su vida.

Y pensar que se dijo: "No es mi estilo".

¡Pero qué poco entendía!

***

-De tus cinco dientes enlazo la pierna fantasma, junto el ojo, pero no hay cosas ahí abajo que ameriten un vals.

Cruzó la parte superior del altar desde un sueño que caía en depravación. Enfurruñado, drena el otoño de su palidez al pulular por sus pasos. Lamiendo los tobillos de su blasfemia, las culpas sólo

pretenden cubrir un plástico sobre el cuero cabelludo de la cabeza de cerdo en el matadero para cubrir el calcetín donde una delgada línea se había extendido donde su lóbulo temporal tenía la forma de Koyote.

Ella dice:

-Mi mapa es el hogar de mí y yo.

Derramó el agua.

-Ahora aguantá. Sólo tomá mi mano. Decime qué te hacen.

Pero le trajeron su propia correa.

-Decime no más, no te guardes...

-¡Envié a mis hijos a la muerte! –El aliento a hierbas y podredumbre impactó de lleno en el rostro adormecido de Koyote.

Los colegas de Gé lo tenían apresado de atrás y éste descargó un pesado golpe de furia sobre el rostro de Koyote.

El golpe dio de lleno en la mandíbula, pero el alcohol hacía lo suyo. No sólo había debilitado sus reflejos, afortunadamente.

Vio por un segundo, mientras su visión se bamboleaba desequilibrada, a la niña aún de pie en medio de la ruta.

Uno de los hombres de Gé se acercó a ella y sin dificultad la alzó sobre su hombro y la llevó hasta encima del capó.

-Espero gustoso. –Se relamió el Gé.

-Tendremos que cubrir el olor en el ambiente.

En una maraña de nitrato de plata repararon los cortes desproporcionados.

-Dame un momento...

-Para tu fe: prótesis y abrigos

La glosalalia no desapareció, y también hubo que limpiar las imágenes ultrajadas con la piel glicerina. La turbulencia llegó hasta las calles. Se colgó alta la voz interior de Dios y los espejos reflejaron el estiramiento de las costillas. Entonces los animales, tanto tiempo desaparecidos, fueron llamados por la suavidad de un sabor desconocido.

-Vamos a cubrir el mnemónico formulario.

-Usted ha dado olor acondicionado y nitrato de plata.

-Y lo derramé.

-Ahora sostenga la reparación de los cortes…

Sólo tomó la mano suelta y dijo a la prótesis:

- Fé.

Glosalalia de nuevo, glosalalia siempre. Hicieron abrigos de piel glicerina y trajeron su propia correa.

***

Otro golpe cruzó el rostro de Koyote, y el resto de la escena sólo pudo oírlo. En su interior, sus entrañas pedían oxígeno, o, en su defecto, más alcohol.

-¿Qué me das por esto, hermanito? –El zángano que había capturado a Nancy la sostenía con fuerza sobre el capó, ofreciéndosela al enano.

El enano la estudió con curiosidad. Eran exactamente como a él le gustaban. De su mismo tamaño. Palpó la piel de suave piel de la niña, pasó sus manos a lo largo de sus hombros, brazos, cintura y glúteos. Constató la belleza de las piernas, si bien

algunos leves rasguños surgidos, seguramente, por la infructuosidad del camino. Le revisó el rostro, la niña se sacudía, enfurecida. El enano sonrió y le quitó las gafas. Una mueca de disgusto se dibujó en su rostro.

-Mierda, no podía estar sin falla, ¿verdad?

La alimaña sin vergüenza miró al enano, consternado. Sus ojos saltones, suplicando algún rédito por la presa.

-Pero vale algo, ¿verdad?

El enano no lo pensó mucho más.

-Seis tragos, sin cargo, por día, durante una semana.

La rata infeliz sonrió, realmente alegre. El enano le entregó unas correas para atar a la niña y le sirvió los tragos convenidos.

Introdujo a Nancy dentro de la Chevy y, sin más, colocó una cortina en el hueco del parabrisas y dio por cerrada la jornada del día.

Koyote decidió en ese mismo instante que ya había perdido bastante tiempo.

Esperó hasta obtener sus manos sobre sí.

***

-¡No voy a olvidar la cara que me dejó!

Simplemente esperó hasta obtener las manos sobre sí.

-No puedo.

-No vas a recordar nada...

-Desenvuelva mi Cuerpo, y deje que me descongele en el ojo de la aguja.

-No puedo, van a volver para comprobar su muñeca, su pulso se debilita y yo no soy un ser humano, él…

-Usted pensó que era yo…

-Sí, la noche como mascota y el cinco en los dados.

-Si caen en el siete, San Miguel muere.

Testigo, trampa y diente captaron al ojo, al Dios que tenía sólo uno. Pero no había más cosas en la cámara. Se arrastró, pero su dedo quedó en el vals imaginario. Hacia abajo pegado, dejó pasar el sonido de una Cruz.

-Ellos no la rescatarán.

-No. Cierre la boca y escale la respuesta, le temen al final, al solitario a que les salga amordazada.

-¿Para qué le cerró las esposas? –Un estallido arsénico salió detrás de él. Al beber la sombra de gas color rojo, quedó en cinco patas y se desprendió toda su cabellera.

Lo alteró el principio de un grito de ayuda, pero a esa altura ya todo le resultaba más un sueño que una depravación milenaria que dirigía a la perdición.

En la noche, la forma lo traspasó.

-¡Entraste en mis palmas! ¡Hablé a través de los ojos!

Servil ante el vacío, al atardecer le preguntó a su memoria perdida qué contaminante conservó, pero permaneció en el baño, bajo las insignias que presagiaban el final, sólo la máscara de su ego levitó.

Se amordazó con furia plutónica para hacerlo salir. Quizás imprimir la crueldad en la salida. Glosalalia, la piel glicerina e ira, instrumento de turbulencia, rellenó la voz definitiva.

Se amordazó para el dios de los Espejos y para los animales, esperando que le saliera el Oscuro. Bloqueado, apretó las manos, apretó los puños. Arsénico de erupción en adelante.

-No voy a olvidarme un segundo...

Bebió la más oscura sombra y quedó justo su pelo igual de rojo.

-Tendrás que esperar hasta llegar a mí.

En el interior de la Chevy, el calor externo formaba un ambiente sofocante. Amarrada de pies y manos, Nancy se sacudía gritando con furia. Su cuerpo perlado en sudor se agitaba de un lado a otro.

El enano sonreía, viendo el miserable espectáculo, sentado en la única butaca que restaba al vehículo.

Lo disfrutaba realmente.

-¿Cómo has llegado hasta aquí, para hacer todo, como el bebé de un Cristo que pasa silbando, constreñido?

Oía los forcejeos fuera, pero no le interesaban en absoluto. No con un obsequio tan dulce y pequeño frente a él, listo para su propia satisfacción.

El enano se abalanzó sobre Nancy. Rasgó su vestimenta con manos animales y se lanzó sobre la suave piel de la niña dándole pequeñas mordidas y pellizcos.

forcejeo. Sujetando la base de su pequeñez, el vil comerciante acercó su virilidad a la cavidad de la niña, listo para su estocada.

Al final sólo la amordazaron para abrigarla. Glosalalia, piel glicerina y la turbulencia rellenan la voz dentro. Sabían cómo entrar ilegalmente y le rellenaron su formulario.

***

-Estoy vacía de la oscuridad. Me gustaría pedir a mirar...

Pero la máscara se quedó en ella.

Levitar en su propia crueldad, creando una impresión teutónica fue la ira de su instrumento. Al final sólo la amordazaron para no tener que sacarla del medio, bloqueaba el estallido de un puño arsénico.

-Pueden beber la sombra de mi pelo rojo, usted y su falso testigo de Dios.

-Tenés uno nuevo.

Pero desgarrada boca abajo, sólo tenía peros y un millón de manchas para decir todo acerca del final.

-Se le acabó el amordazado para hacer salir gas del cadáver de la cierva.

***

-¿Cómo es eso? ¿Vos salís pero yo siempre me quedo en casa?

Así eran alguna de las discusiones con Nancy. Le incomodaban hasta las voces de pollos no natos que gritaban en su cabeza.

-¿Podés dejar de hacer ese ruido? ¿Voy a llevar los disfraces siempre yo?

Testigo de manos en que no apareció Dios y clavándose una uña acabó por olvidar hasta desenvolver un cadáver. Y la cámara.

Sin embargo, el destinado a cubrir un plástico de porción a la deriva, leyó todo el largo de los atascamientos que surgían desde el cuero cabelludo de cerdo. Su voluntad se volvió de hilo y, de cabeza, para cubrir la picazón que nacía desde sus calcetines, dejó de cumplir con sus promesas. Cómo la línea plana donde se había extendido la falta de fallecimiento y todavía en su lóbulo temporal fue... no se sabe... Todo él formaba un Koyote, pero totalmente en vano.

***

Ella dijo:

-He construido la caída

Enfurruñada, drenó su mapa, y fue el hogar de nuevo, esta vez, de la caída de su cara. Derribada.

-Tengo pálido, sí.

Pululando porciones suspendidas solamente más un millón de manchas comenzó a lamerle los tobillos y a decirle todo sobre las culpas que auscultaban sus blasfemias, culpas en solitario, que significaban un final que justificaba todo amordazamiento.

Caído el plástico para que le salga gas pegado del cuero cabelludo. Su cabeza, ahora, sí era la de un cerdo. Todos sus dientes se desprendieron con la excepción de cinco.

Cayó de rodillas mientras intentaba recoger sus ropas pero nada pudo lograr para evitar la metamorfosis de sus extremidades.

***

-Que se vista.

-…Pero hay cosas ahí abajo…

Extendido sobre la línea plana dibujada en el suelo, él arrastró su propio vals. Cruzó su lóbulo temporal para alterar la parte superior de un sueño que guardaba la forma de un tal Gorrión. Su depravación sabía abrirse camino a la fuerza, y ya sin padre siquiera como epíteto, fue dado al vacío de la oscuridad.

-Me gustaría pedir el mapa -dijo con una voz que ya no era la suya. -Es el Hogar de la Mirada.

La máscara se mantenía intacta, como nueva, pero el cuerpo se desgarró por fuerzas invisibles y quedó boca abajo para luego comenzar a levitar. La crueldad impresionó, pero sólo quedaba una pizca de la ira, del instrumento manchado que urdió para enseñarles, para decirles que:

-TODO al final se acaba.

Amordazada, la herida en Virtud de alta, la presionaron en las costillas y la dejaron en mangas.

Amnésico y aparentemente mudo, Koyote vaga por las carreteras del litoral, sin un destino aparente, perdido en su sufrimiento, alejado del mundo.

***

A Koyote no le alentaba ninguna confianza que el recién llegado estuviese intentando incentivar a todos para generar movimiento. Pero en cuanto empezó a tirar información, como su procedencia o sus pareceres, le pareció muy claro que ya no podría confiar en aquel sujeto que decía llamarse Gé. Algunos les respondían con cortesía. Pero Koyote no tardó en notar que se encargaba de recopilar aquella información.

¿Con qué fin? La red es intrincada y la mente lo es aún más. Por eso la primera reacción de Koyote fue el silencio, y salir a la calle, pedir un cigarrillo y luego volver al cuarto. A tiempo antes de que le empezaran a temblar las manos. Tenía esos dolores en los huesos de sus manos desde hacía años. Había sido mecanógrafo para Al-Jazeera, una empresa multinacional que devino en estafa piramidal pero que lo mantuvo como oficinista un buen tiempo. La mayoría del tiempo la pasó escribiendo historias fantásticas con un final similar, todas concluían con el personaje despertando de un sueño. Sabía que la imaginación no era lo suyo, sin embargo las historias surgían a través de él sin pensarlo siquiera. Tan sólo al acercarse a la máquina y, de repente, sentía que contemplaba un instrumento musical extraño, con un

sonido metálico muy particular, y de manera irresistible se sentía improvisando como Coltrane sin verdadera conciencia del modo en que surgían las palabras. Por la noche leía los escritos. Tenían sentido. Guardaban coherencia. La repetición del contenido en un estado de conciencia automático no lo dejaba dormir tranquilo. ¿Había quizás un mensaje oculto captado desde el fluir del inconsciente colectivo? ¿Existía el inconsciente colectivo? Gorrión se preguntaba vagos contenidos que recordaba de documentales que veían en la secundaria. En aquellos momentos en que quedaban en penumbras en el aula y Koyote no tenía mejor opción que prestar atención al video para no pensar en Quimera, Quimera García… en el rincón, chupándole la pija a un compañerito y haciéndole la paja a otro, a dos bancos a su izquierda. Sudoroso de recuerdos, se pasa una mano por la frente. Se dice, es tiempo de pensar en otra cosa. Y su mente pasa a otra cosa. Con la certidumbre de una ruleta, con la precisión de unos dados girando sobre la mesa de paño, hasta que como un cartel luminoso aparecen las palabras

RECREACIÓN - REVELACIÓN.

La revelación de San Juan, el último libro de La Biblia, siempre le resultó atractivo. Desde los nueve o diez años, cuando encontró una edición de La Biblia resumida a la cual le faltaban unas cuantas hojas, tirada en el fondo de la casa de sus abuelos. En la

portada se leía "*este libro nunca será vendido*" y recuerda como musitó para sus adentros "*así será*", con la superstición propia de un niño con temor a dios.

Las últimas palabras de la revelación, *"ninguna letra será cambiada o la maldición caerá sobre sus cabezas"*, le resultó ominosa más allá de las criaturas fabulosas que pululaban en aquella narración. Recientemente, comprendió la farsa que se desprendía de este texto. Después de todo no es más que un largo poema como lo son la mayoría de los libros bíblicos, el más surrealista por cierto, y el cual no tiene nada que ver con los acontecimientos futuros como creen la mayoría de los supersticiosos. La superstición es otra forma de la ignorancia. La revelación de San Juan es un poema en tono surrealista que no cuenta otra cosa que la caída de Roma. El motivo por el cual es tan intrincado es el mismo por el cual son tan intrincadas las mejores letras de Serú Giran. Cuando uno quiere decir algo y el entorno está en contra pueden darse dos situaciones: o uno termina cantando en inglés o se recurre a la metáfora. En esta época de nueva democracia eso parece cada día menos necesario. Aunque sigue siendo bella, la libertad nos va costando nuestra inteligencia.

-Patmos…

Y decía ver unas islas en el fondo…

Una especie de ángel enano pero que parecía un demonio, un engendro.

Patas de reptil, con brazos, alas y un pene que terminaba en una mata de pelo.

Y una cruz diminuta casi perdida en la pintura, encallada en la arena, delgada, larga y pequeña.

Y un ave, un halcón, o quizás un carancho. Y un cuchillo a los pies y otro objeto similar a un talismán… sobre el manto color salmón de San Juan, el profeta, de mirada fija en el padre pese a los pequeños detalles llamativos. Dentro de un círculo dorado la imagen del Cristo… En un trono oscuro con alas… Y barcos sobre el agua, en el fondo… Detrás, la ciudad.

Y un ángel blanco frente a San Juan, como estatua, transfigurado en el paisaje de fondo, contrastando con el montículo sobre el cual el profeta escribe su revelación.

Y un pájaro al lado de un árbol, apenas una mancha oscura sobre un cielo que se oscurece progresivamente.

Su ingreso en una clínica por un colapso, hace que tras cuatro años se reencuentre con su hermano, lo que marcara el inicio de su primer viaje, en busca de sus memorias, para conocerse a sí mismo, y que propicia el esperado reencuentro con su hijo, Gorrión, que ha vivido durante todo ese tiempo con su hermano.

Sintiéndose el último en el exterior, a la deriva, y releyendo constantemente su voluntad de hielo y picor. La falta de cumplimiento como la falta hechizo de muerte.

-...Y todavía no se sabe todo lo que he construido en las vides...

***

-Dame un momento para limpiar lo que has robado.

Las calles cuelgan como costillas en el tramo alto y dejan que el sabor repare los cortes de su fe con prótesis y abrigos de glosalalia para pieles glicerinas. La turbulencia rellena la voz interior de Dios, espejo de los animales.

- Vamos a cubrir el olor con nitrato de plata.

-Después de tanto tiempo, querido mnemotécnico, asume este manual. Nos diste tus células, convocamos a la vela por el libro y por capas de campana.

El sermón va de luto, picoteó el graznido perezoso del niño, que se alimenta de la semilla que decapita a la sequía, la herida debajo de las mangas.

-Espero que haya ambiente en el matorral. Estuve en la superficie y no había nada allí, hundí mis párpados sordos en el sonido del aura nerviosa, pero cuando ella se despierte, ¿todavía estará con nosotros?

-Decime que se acabó, Koyote.

-Espero...

-Mi corazón está teñido de oscuros coágulos. En el año bisiesto es tarde.

Tras el rechazo inicial que produce en el niño, ambos, padre e hijo, terminan forjando una relación,

gracias a un álbum fotográfico de años atrás, que muestran lo feliz que fue su familia durante un tiempo. Así comienza, el que será su segundo y definitivo viaje, otra vez a través del litoral, para buscar a su mujer.

Esta vez acompañado por su hijo, y por fin con un rumbo fijo, para encontrar la última pieza que falta para completar una familia que se destruyó por el recelo y los reclamos.

La última escena cuenta con uno de los monólogos más largos y sobrecogedores de la historia, tal es así que aún no ha sido y probablemente no será escrito. A modo de final purificador, donde el matrimonio habla por primera vez tras cuatro años, Koyote da sus explicaciones a través del espejo de una cabina pornográfica.

Una aclaración que muestra el poder de las imágenes que construimos de los demás, y las consecuencias que pueden traer cuando la gente no está a la altura de esas imágenes.

***

Si reflexionamos sobre el proceso de percepción visual y sobre el poder expresivo de las imágenes, así como la soledad del individuo, el camino errático a ninguna parte, y la redención gracias al desplazamiento, aunque sea hacia lo más profundo del alma, no es un tema ajeno a la sensibilidad del hipotético poeta que hace estas anotaciones, sino más bien una constante en los cuestionamientos

existenciales que se hace El Gé a diario al borde la ruta.

Lo que sí es más extraño, es encontrar una historia con una estructura clásica en sus papeles sueltos. Muchas veces la narración que plantea se desarrolla a partir de lo que muestran las imágenes por sí mismas entreveradas por sus sentimientos.

No es, desde luego, un cuaderno de viajes ni una compilación de anécdotas al uso, aunque se podría decir que no existen tales ejercicios. El Gé considera que el realismo es, por naturaleza, una fábula, que se mueve entre la melancolía de sus personajes y la grandeza del paisaje.

El litoral está lleno de silencio y ternura, muestra la visión idealizada que un hombre tiene de su camino, convirtiéndose en una de los parajes más convincentes de aquel que encuentra sin buscar.